

El perfil intelectual de un arabista ilustrado español: José Carbonel y Fogasa

Fernando Rodríguez Mediano
(ILC-CSIC)

Dos de las figuras claves del arabismo español del s. XVIII fueron, sin duda, Miguel Casiri y Pedro Rodríguez de Campomanes. En un cierto sentido, se puede decir que el año 1748, cuando Campomanes empezó a recibir lecciones de árabe del sacerdote maronita, es el momento fundacional de un proyecto en el que ambos, uno como protagonista directo y otro como promotor, llevarían a cabo una tarea erudita y editorial que marcaría la historiografía del s. XVIII. Cuando Campomanes comenzó a estudiar árabe con Casiri en junio de 1748, una tercera persona les acompañaba, José Carbonel y Fogasa. Carbonel es un intelectual importante, aunque relativamente ignorado, de este momento de la ilustración española; experto en lenguas clásicas y orientales, fue miembro de la Real Academia de la Historia, compañero de Campomanes, a quien enseñó el griego, y luego de Jorge Juan en Cádiz, en cuya Academia de Guardias Marinas fue profesor (Die Maculey y Alberola Romá 2010).

Durante su periodo de aprendizaje con Casiri, Carbonel empezó a coleccionar los materiales que se encuentran recogidos en un manuscrito de la BNE, *Papeles varios de gramática arábica* (Carbonel b), del que me ocupó con más detalle en otro trabajo. En él ha quedado constancia documental de un diseño de enseñanza de la lengua árabe que responde a una concepción global, más o menos sistemática, que integra elementos gramaticales y lexicográficos, traducciones, composiciones literarias, recopilaciones de refranes y máximas morales, diálogos que ponen en escena situaciones supuestamente reales... Se trata de un sistema de aprendizaje complejo en el que cristaliza un largo proceso por el cual la cultura europea, desde al menos el s. XVI, construye un conocimiento lingüístico sobre el árabe (y sobre otras lenguas orientales), al tiempo que forma un canon poético, literario e historiográfico de su literatura. Esta historia del orientalismo europeo de época moderna, cada vez mejor conocida, está hecha de la a veces azarosa adquisición, circulación y valoración de manuscritos, de la creación de fondos bibliotecarios, de la puesta en marcha de proyectos editoriales. Un largo proceso que, en el caso que me ocupa, llega hasta este momento fundamental del arabismo español en el que Casiri encontró a Campomanes. Los papeles de este y de José Carbonel, que a menudo se complementan temática y formalmente, pertenecen a esa tradición orientalista que estaba creando los instrumentos con los que construir e integrar una representación canónica de las culturas orientales.

Conocemos más o menos los principales hitos institucionales y editoriales del arabismo español del s. XVIII, pero no tanto los materiales de que estaba hecha la erudición arabista, y que alimentaban sus proyectos y su horizonte intelectual. En este artículo, voy a intentar un acercamiento a este asunto a partir de uno de los manuscritos de José Carbonel y Fogasa que se encuentran en la Biblioteca Nacional, catalogado con el título de *Papeles varios* (Carbonel a), y compuesto de diversos documentos producidos por el erudito. En lo que sigue, voy a empezar por hacer una breve descripción del contenido del manuscrito, para luego centrarme con más detalla en los que se ocupan de erudición arábica. Entre ellos, tienen especial relevancia los dedicados a recopilar materiales para la constitución de una *Biblioteca arábica hispana*; es éste un proyecto esencial para el arabismo español de la época, como prueba el título mismo del catálogo que Casiri realizó de los manuscritos árabes del Escorial, *Bibliotheca arabico-hispana* (Casiri, 1969), y con el que Carbonel tenía una estrecha relación. Después, señalaré algunas de las ideas de Carbonel sobre las antigüedades y la lengua árabes, que nos ofrecen

indicios relevantes sobre sus lecturas y sus intereses orientalistas. La intención final es hacer una contribución a nuestro conocimiento del universo intelectual de un arabista ilustrado español, de los libros que había leído y de las preocupaciones historiográficas que guían su trabajo; libros y preocupaciones que se entienden mejor en el contexto del orientalismo europeo de la época, con quien estaban estrechamente conectados, como intenteré mostrar a lo largo de este artículo.

Papeles varios de José Carbonel y Fogasa

El ms. 11552 de la BNE es un manuscrito misceláneo, que contiene diferentes disertaciones, notas, tratados... de José Carbonel y Fogasa. Varios de estos papeles, sobre los que trataré en detalle más adelante, tienen que ver con el intenso y permanente interés de Carbonel por el árabe. Otros atestiguan de la variedad de sus intereses docentes y profesionales, como los relacionados con el mar y su condición de profesor en Cádiz. Así, el tratado "Sobre la determinación de la longitud en el mar" (Carbonel a, 94r), traducción de unas anotaciones tomadas de un manual de la Académie Royale de Marine (Tables 1772); o una "Noticia del viage alrededor del mundo en los años de 1785, 86 y 87 , a bordo de los buques *El Rey Jorge* y *La Reina Carlota*, por los capitanes Portlock y Dixon" (Carbonel a, 63r), extraído del resumen que el diario literario *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* hizo en 1790 del viaje de Nathaniel Portlock y George Dixon (Valera 1966, 55). Otro persistente interés de Carbonel fueron los estudios lingüísticos: a ellos se dedica el documento titulado "Extracto sobre la lengua Céltico Bretona" (Carbonel a, 65r), sacado de un artículo del *Journal Encyclopédique* sobre la obra de Jacques Le Brigant, *Observations fondamentales sur les langues anciennes et modernes* (Reseña 1787a). El de Le Brigant es el proyecto de una obra, nunca publicada, en la que intentaba demostrar que el celta era la lengua más antigua de la humanidad, de la que provenían las demás; cosa que pretendía probar a partir de la semejanza del celta con otras lenguas, como el hebreo y el tahitiano. Como segunda parte de su demostración, Le Brigant suponía que esa lengua original céltico-gomérica era el bajo bretón, conservado casi intacto hasta nuestros días (Reseña 1787b). El interés amplio, cultural y antropológico, sobre el problema de los orígenes que demuestran estas notas de Carbonel, se encuentra en otro documento de este manuscrito, titulado "Explicación de las causas del color de los negros" (Carbonel a, 110r), y que consiste en un "Extrait de Mr Paw [*sic*] sur les causes de la couleur des negres [*sic*], Rech. Ph. sur les Am.^{caïns} t. 1.^r p. 216 suivantes". En efecto, se trata de la copia de un fragmento del volumen I de las *Recherches philosophiques sur les américains* de Cornelius de Pauw, libro publicado por primera vez en 1768, aunque aquí Carbonel parece estar copiando la edición de 1771 (Pauw 1771). Se trata de un libro que tuvo considerable repercusión en la Europa de su época, y que valió a De Pauw, entre otras cosas, una invitación a participar en la *Encyclopédie*. Las ideas de De Pauw, muy difundidas y controvertidas en su momento, alimentaron la profusa corriente del pensamiento "antiamericano" en Europa, al hacer una caracterización de los pueblos indígenas como estúpidos, vagos, carentes de conceptos abstractos del amor o la belleza; unas características debidas, según De Pauw, al hábitat natural y al clima (Piel 2014, 82), y que afectaban también a los europeos (y a los animales) que se habían establecido en América, adoptando y ampliando la teoría de la degeneración de Buffon (Piel 2014, 87). En el pasaje que interesa a Carbonel, De Pauw aplica sus ideas de la influencia del clima sobre los hombres para explicar el color de los negros: el calor tiene poderosos efectos sobre los humanos que habitan en la línea equinoccial, volviendo oscuros sus cerebros, su sangre, su esperma; una serie de características físicas, comprobables a través del microscopio, que sólo podrían alterarse

después de que cuatro generaciones consecutivas se estableciesen en otro lugar con un clima distinto. Una prueba de su argumentación, que copia también Carbonel, es que "los restos de los árabes que invadieron [...] una parte de África equinoccial en el s. VII ya no son reconocibles hoy en día: el clima ha echo de ellos negros auténticos, tan negros como los senegaleses y los angoleños". Otra prueba la constituían los judíos de Asia Meridional y de África de los que hablaba Benjamín de Tudela, que eran tan negros como los indígenas, y dado que su fanatismo les impedía mezclarse con otras razas, se podía deducir que la razón de su cambio de color era el clima y no el mestizaje (Carbonel a, 114r; Pauw 1771, 225-226). Otra parte de la argumentación de Cornelius de Pauw en esta parte, sin embargo, no es copiada por Carbonel: y es que los musulmanes de España, después de 21 o 22 generaciones, no habían completado totalmente su blanqueamiento debido a que el clima español es casi tan caluroso como el de Mauritania (Pauw 1771, 227).

Varios de los documentos de este manuscrito tienen un tema específicamente oriental. Así, uno de ellos lleva el título de "Extracto de horrible *Catecismo de los Drusos*, nación que habita en el Monte Líbano y en el Antilíbano, publicado por primera vez en este año de 1788, por el Barón de Bock en un libro intitulado *Oeuvres diverses [...]*" (Carbonel a, 53r). En efecto, el vol. I de las *Oeuvres diverses* de Jean Nicolas Etienne, Baron de Bock, contiene un "Essai sur l'histoire du sabéisme" y un "Catéchisme qui contient les principaux dogmes de la religion des Druses" (Bock 1788), aunque las notas de Carbonel están tomadas, de nuevo, del *Journal Encyclopédique* de 1787, donde se hace una selección de varios pasajes de ese llamado "Catecismo de los drusos"; un documento que habría de tener cierta fortuna en la literatura orientalista francesa, pues llegaría al menos hasta Gérard de Nerval y su *Voyage en Orient* (Mizuno 2001), y que reproduce un supuesto catecismo de los drusos organizado según la típica estructura de preguntas y respuestas. En fin, otro documento, que ya se acerca más al tema filológico e histórico, tiene que ver con las "Inscriptions Palmyrenienes expliquées par M^r l'Abbé Barthélemy" (Carbonel a, 57r), en el que Carbonel copia las inscripciones de Palmira publicadas por Jean-Jacques Barthélemy en 1754 (Barthélemy 1754). Esta publicación constituye un hito en la historia epigráfica, el momento en que el Abbé Barthélemy hizo público el desciframiento de las inscripciones de Palmira, que había logrado realizar gracias a la traducción griega que acompañaba a algunas de ellas (Dupont-Sommer 1971).

Pero la mayor parte de los documentos que integran este manuscrito están dedicados a uno de los más persistentes intereses de José Carbonel, la lengua y la literatura árabes. Como se ha dicho, empezó a estudiar árabe con Casiri en 1748, y desde esa fecha continuó trabajando en este campo, recopilando materiales gramaticales y lingüísticos y produciendo algunos escritos en torno a la erudición árabe y su utilidad. De algunos de estos escritos, recopilados en este manuscrito, se puede deducir que Carbonel había estado interesado en recoger materiales para la confección de una "Biblioteca arábigo-hispana" en un momento anterior a la publicación del catálogo de Casiri. En el epígrafe que sigue voy a tratar con más detalle de esos materiales.

Materiales para una *Biblioteca arábigo hispana*

Los primeros documentos de este manuscrito están dedicados, en efecto, a recopilar materiales para la realización de esa "Bibliotheca Arábigo Hispana, por Dⁿ Josef Carbonel", tal como anuncia el título de la primera página. Este proyecto de biblioteca está formado por dos documentos: el primero se titula "Bibliotheca Arábigo-Hispana o Catálogo alfabético de autores árabes españoles u oriundos de España o cuyas obras pertenecen a la historia y geographía de ella". A este título se ha añadido, con otra tinta,

la frase "Disertación formada por D. Jph Carbonel en Cádiz en 1758". En 34 folios, este documento recoge el nombre de 149 autores que, como indica su título, o bien habían sido andalusíes, o bien habían escrito obras relativas a la historia o la geografía de al-Andalus. Las entradas están ordenadas alfabéticamente, aunque no de forma sistemática: unas veces Carbonel utiliza el nombre (*ism*), otras la *kunya* o el *laqab*, como criterios de ordenación. Así, por ejemplo, el primer autor de la lista es 'Ubayd Allāh Ibn Jurradādbih, el geógrafo persa del s. IX, a quien Carbonel llama Abd Allah Ebn Khordhadbah; y el último, un "Zohar ben-Zohr (Abu Maruán ben Abd al Malek)", el Abenzoar de las fuentes cristianas, en quien Carbonel parece haber confundido a dos personajes de la misma familia, 'Abd al-Malik b. Zuhr y el padre de éste, Zuhr b. 'Abd al-Malik; una confusión repetida muchas veces en la historiografía antigua, así como el error de considerarlo judío, cosas que hace el propio Carbonel.

Carbonel copió estos errores, como el resto del documento, de dos fuentes fundamentales: *La Bibliothèque Orientale* de Barthélemy d'Herbelot, considerada como una de las obras mayores del orientalismo europeo del s. XVII (Herbelot 1697); y la *Bibliotheca orientalis* del obispo de origen maronita Joseph Simon Assemani, el catálogo de manuscritos orientales de la Biblioteca Vaticana, publicada en 9 volúmenes a partir de 1719 (Assemani 1719); dos obras fundamentales, aunque de carácter diverso. La primera está basada fundamentalmente en el *Kašf al-zunūn*, el gran repertorio bibliográfico de Kātib Çelebi (también conocido como Hajji Khalifa), aunque añade otras informaciones, como las extraídas al catálogo de la Bibliothèque du Roi de Francia, y que también recoge Carbonel en sus notas. La segunda es el primer gran catálogo del fondo de manuscritos orientales de la Biblioteca Vaticana, cuya misma formación debe mucho al propio Assemani, que recopiló en Roma una ingente cantidad de ellos. El resultado de esta *Biblioteca* pergeñada por Carbonel a partir de d'Herbelot y Assemani es singular: en principio, porque no hay en realidad una crítica de los libros que cita, ni un análisis de su valor real para la historia y la literatura de al-Andalus. Así, al lado de obras tan importantes como la *Šila* de Ibn Baškuwāl, aparece sin mayor jerarquía la mención de otras que no lo son tanto, o que son relativamente desconocidos, como el manuscrito médico atribuido un misterioso "Diego Massán". Ya en el siglo XX, Giorgio Levi della Vida, en su autorizado catálogo de manuscritos orientales de la Biblioteca Vaticana, identificó a este "Diego Massán" con Diego Pérez de Mesa, matemático, astrólogo, historiador y arabista que estuvo en Roma a comienzos del s. XVII, formando parte del séquito del Cardenal Gaspar de Borja (García-Arenal y Rodríguez Mediano 2019). Esta atribución parece errónea y, hasta el momento, la identidad de este "Diego Massán" interesado en la medicina no ha podido ser establecida con certeza, y su aparición en estas notas de Carbonel resulta otro ejemplo del modo aún poco elaborado con el que estos papeles aparecen recogidos, fundamentalmente bajo la autoridad de d'Herbelot y Assemani.

Además de las obras de estos dos autores, Carbonel cita en un momento otro libro, el *Bibliothecarius quadripartitus* de Johann Heinrich Hottinger, uno de los grandes arabistas europeos del s. XVII (Loop 2103). Seguramente, el libro más conocido, divulgado y citado de Hottinger sea su *Historia Orientalis*, una de las obras pioneros del orientalismo europeo sobre historia de los árabes, publicada por primera vez en 1651 (2ª ed. 1660). En el documento del que estoy hablando, sin embargo, Carbonel no cita esta obra, ni tampoco el *Promptuarium sive Bibliotheca Orientalis* (1658), la gran contribución de Hottinger a la historia literaria oriental, y al gran proyecto europeo de incorporarla a una "Biblioteca Universal" (Loop 2013, 136ss), sino el *Bibliothecarius quadripartitus*. Esta obra es más bien una discusión teórica sobre cómo debería organizarse sistemáticamente una Biblioteca, no como una mera colección de libros, o

como el simple espacio donde estos se guardan, sino según un orden complejo (Hottinger 1664, 8; Loop 2013, 131). En sus notas, Carbonel cita esta obra en la entrada que se ocupa de "Abul Feda" (Carbonel a, 6v), es decir, Ismā'īl Abū l-Fidā, el historiador, geógrafo y príncipe sirio del s. XIII-XIV, cuya obra estaba destinada a desempeñar un papel importante en el orientalismo europeo, conocida y citada por eruditos como d'Herbelot y Edward Pococke. La obra geográfica de Abū l-Fidā fue difundida en el s. XVII a través, por ejemplo, de la edición y traducción parciales publicadas por John Greaves en su *Chorasmiae et Mawaralnahrae*, publicada en Londres en 1650 (Mercier 1994, 161ss.); y la obra histórica lo fue más tarde, ya en el s. XVIII, gracias a las ediciones de John Gagnier (Oxford 1723) y, sobre todo, de Johann Jacob Reiske (Leipzig 1754) (Bevilacqua 2018, 136-166). Abū l-Fidā es uno de los autores fundamentales a partir de los cuales la geografía y la historia árabes comenzaron a incorporarse a las prácticas eruditas europeas de época moderna y, desde este punto de vista, se entiende por qué Carbonel le dedica un poco más de atención que a otros autores de su *Biblioteca*, a los que no estaba en condiciones de valorar o de situar en un canon de la literatura árabe. Quizá por ello, añade a lo que copia de d'Herbelot una información sobre la localización de manuscritos de Abū l-Fidā en distintas bibliotecas, como la de Thomas Erpenius (Carbonel a, 7r-7v). Cabe recordar, además, que, como hemos estudiado en trabajos precedentes (Rodríguez Mediano 2006, 261-262; García-Arenal y Rodríguez Mediano 2013, 260-263), el *Mujtaṣar ta'rīj al-baṣar* del príncipe sirio es un texto con una larga historia en el arabismo español: fue objeto de una traducción castellana parcial titulada *Suma que trata del tiempo quando los mahometanos ganaron a África, y cómo después pasaron en España, y de las guerras que en la dicha Provincia tuvieron con los Christianos, y de otros sucesos en varias partes del mundo mui útiles y curiosas*, realizada por el kurdo Marcos Dobelio, que trabajó en España durante la primera mitad del s. XVII. Este texto pasó después a posesión del propio Campomanes, y de hecho las dos copias que se conservan del mismo se encuentran, una entre los papeles de Campomanes en la Fundación Universitaria Española, y otra en la Real Academia de la Historia (Álvarez Millán 2009, 370). A falta de un estudio más detallado sobre la historia de este texto y su influencia en el arabismo posterior (hasta el momento, al menos, en que fue considerado desaparecido), lo dicho deja claros al menos dos puntos: uno, que la traducción de la *Historia* de Abū l-Fidā al castellano es muy temprana en comparación con otros proyectos europeos, y testimonia de una preocupación por el problema de la historia árabe; el otro, que esta preocupación llega a Campomanes y a su compañero de estudios e intereses eruditos José Carbonel.

Por otro lado, resulta significativa la obra de Hottinger que cita Carbonel, el *Bibliothecarius quadripartitus*. Como se ha dicho, esta obra constituye una reflexión teórica y metodológica sobre la forma de ordenar y organizar una Biblioteca como tal, y no como un simple conjunto de libros. Se trata de una organización que el propio Hottinger había aplicado a su propio *Promptuarium sive Bibliotheca Orientalis*. Este hecho nos permite pensar que, aunque los materiales reunidos por Carbonel son poco elaborados, y se limitan a las notas tomadas de otros libros, ya debía existir en este entorno intelectual una idea organizativa más amplia y estructurada, guiada por ese mismo principio de integrar la literatura árabe en un proyecto de biblioteca universal; el proyecto al que luego respondería Casiri con su propia *Bibliotheca*. Aunque no es este el momento de tratar aquí en detalle sobre las obras que utilizó el sabio maronita para realizar su catálogo, sí diré simplemente que una de ellas es el *Promptuarium sive Bibliotheca orientalis* de Hottinger, que, de hecho, está citado en la primera página del Prefacio de Casiri a su *Bibliotheca* (Casiri 1969, I, i). En él, además del *Promptuarium* de Hottinger, están citados d'Herbelot (Casiri 1969, I, xiii) y Nicolás Antonio (Casiri 1959, I, xxiii-xxiv). Estas dos son citas evidentes, que indican el horizonte literario en el que

Casiri situaba su proyecto, pero de una manera un poco distinta: si las obras de d'Herbelot y Nicolás Antonio están organizadas por orden alfabético o cronológico, Casiri impuso a su propia obra una organización distinta ("Grammatici", "Rhetorici", "Poetici", etc.) que, aunque no es exactamente igual a la que había empleado Hottinger, creo que estaba inspirada por ella, o, al menos, formaba parte de un esfuerzo similar de estructuración de su material. Me parece que la pequeña cita del *Bibliothecarius quadripartitus* que aparece entre los papeles de Carbonel es una prueba de ello, y, en todo caso, de la reflexión teórica que sustentaba el trabajo de la *Bibliotheca* de Casiri y de otros autores que durante el s. XVIII intentaron completar el trabajo de una Biblioteca Española de manera sistemática y estructurada.

El siguiente documento de este manuscrito de Carbonel lleva la anotación inicial de "1758. Catálogo de libros árabes sacados de la Biblioteca Oriental y Occidental de Pinelo, que pueden conducir para la historia de España. Por Joseph Carbonel" (Carbonel a, 36r). Este documento es singularmente distinto del anterior, empezando por el propio carácter del libro del que Carbonel está copiando, el *Epítome de la bibliotheca oriental y occidental, náutica y geográfica* de Antonio de León Pinelo (León Pinelo 1737-8). Se trata de una obra publicada por primera vez en 1629, y reeditada más de un siglo más tarde, a partir de 1737, con una profunda reelaboración llevada a cabo por Andrés González de Barcia, importante bibliófilo español, poseedor de una de las más importantes bibliotecas españolas del cambio de siglo y uno de los fundadores de la Real Academia de la Historia (Asensio Muñoz y Reyes Gómez 2018). La intervención de González de Barcia en realidad transformaba sustancialmente la obra de León Pinelo, y una de sus novedades consistió precisamente en el añadido a la lista original de un número de autores árabes. Sin entrar en la cuestión de las fuentes que utilizó González de Barcia para sus añadidos arabistas (y que incluyen, de nuevo, a d'Herbelot, Assemani o Erpenius), la manera en que José Carbonel utiliza esta información tiene interés, siquiera por una razón: él copia los nombres de estos autores árabes en caracteres latinos, según la irregular e inadecuada transcripción utilizada en el *Epítome*. Sin embargo, en un segundo momento y entre líneas, hay un intento de recomponer algunos de los nombres árabes originales. Esta reconstrucción está llena de errores, algunos muy groseros: así por ejemplo, el "Cazuin" original es entendido como "Qalsawīn", y no como "Qazwīnī", que es la *nisba* del autor del *Athār al-bilād*, la obra de que se trata en este pasaje (Carbonel a, 38r). Estos errores permitirían calibrar la pericia, más o menos escasa, de Carbonel en este momento de su carrera arabista (en torno a 1758). Sin embargo, cabe señalar aquí que en esa recomposición de los nombres de los autores árabes que se citan de León Pinelo intervienen al menos dos manos: una parece ser la del propio Carbonel, una caligrafía árabe aceptable, pero sin especial soltura; la otra, sin embargo, es oriental y muy fluida, y, aunque sólo ha intervenido en las primeras entradas de la lista, también ha cometido algún error de bulto como entender, por ejemplo, que "Fadhlallah" quería decir "Fāhid Allāh", y no "Faḍl Allāh", o, sobre todo, que "Thabacat alumen" representaba *Ṭabaqāt al-mu'min* (o *gradus fidelis*, como explica en el margen) y no *Ṭabaqāt al-umam*, la obra de Sa'īd al-Andalusī de la que está hablándose en este lugar (Carbonel a, 37r). Con toda probabilidad, esta escritura avezada es obra de Casiri, que habría dejado aquí una pequeña muestra de algunos de los problemas eruditos y de formación personal a los que se enfrentó con el proyecto de su Biblioteca (problemas que se repiten en otros trabajos suyos, como, por ejemplo, los relativos a la toponimia granadina, Massad 1957). Este hecho plantea, de nuevo, el problema de cómo realizó Casiri su catálogo de El Escorial, qué fuentes utilizó y de qué manera lo hizo. En todo caso, los autores que Carbonel toma del *Epítome* de León Pinelo son 41, entre los que se cuentan algunos que le interesaban

especialmente, como el ya citado Abū l-Fidā, Sin embargo, como veremos, el propio Carbonel pareció desestimar estas informaciones para su propio trabajo.

El siguiente documento del manuscrito lleva el título de "Catálogo de libros árabes sacado de la Biblioteca de Don Nicolás Antonio conducentes a la historia y geografía de España. 1758. Por D. Joseph Carbonel" (Carbonel a, 45r). En efecto, se trata de notas sacadas de la *Bibliotheca hispana vetus*, relativas, en primer lugar, a la bien conocida y polémica figura de Rasis, y después, a otros diez autores contenidos en el capítulo "Bibliotheca arabico-hispana" del tomo segundo de esa obra (Antonio 1696, II, 231ss). Entre ellos, hay algunos suficientemente conocidos e importantes, como el granadino Ibn al-Jaṭīb, junto con otros desconocidos o, incluso, inexistentes, como "Abu el-Cacim Tarif", el fingido historiador de la conquista musulmana de España inventado por Miguel de Luna. Como ocurre en el caso ya citado de León Pinelo, Carbonel intentaba, en sus notas, recomponer los nombres árabes originales a partir de las transcripciones de Nicolás Antonio, aunque con muy poca fortuna, demostrando de nuevo un escaso conocimiento de los materiales originales árabes. Sin entrar aquí en un análisis detallado de cómo está confeccionado este capítulo de la *Bibliotheca* de Nicolás Antonio, ni de las fuentes utilizadas por éste, hay que señalar que entre estas se cuentan, de nuevo, las obras de Hottinger, o la edición y traducción de la obra histórica de Gregorio Abū l-Faraḡ llevada a cabo por Edward Pococke: referencias que, a su vez, pasan también a los apuntes de Carbonel, como parte de un canon muy consolidado heredado de la erudición orientalista europea del s. XVII. Por otro lado, estas notas nos recuerdan también la prolongada y profunda influencia que tuvo la *Bibliotheca* de Nicolás Antonio durante el siglo XVIII español, como referencia fundamental de todo proyecto de historia literaria nacional (Cebrián 1997), incluyendo en ella, como se muestra aquí, la historia de al-Andalus; sabemos, por cierto, que un ilustre arabista como José Antonio Banqueri, él mismo discípulo de Miguel Casiri, participó activamente en la polémica desatada por la publicación de la obra de los hermanos Mohedano (Cebrián 1997, 97-104).

Las antigüedades árabes

Esta *Bibliotheca Arabico-Hispana* cuyos materiales recopilaba Carbonel debía ilustrar un ensayo más amplio cuyo texto también se encuentra recogido en este manuscrito, con el título de "De la utilidad de las lenguas originales y en particular de la arábica, para la Historia y Geografía de España, con unas prenociones de su idioma, escritura y literatura. Por don Joseph Carbonel Fogasa y Bonfigli, 1753" (Carbonel a, 75r). El ensayo comienza con la defensa de la necesidad de utilizar las lenguas originales para estudiar la historia antigua, dado que las traducciones son incapaces de aprehender las oscuridades, complejidades o genio expresivo de la lengua original. Por ello, ya los historiadores antiguos, como Manetón, Beroso, Herodoto o Flavio Josefo, habían consultado y utilizado en sus lenguas originales los documentos de los pueblos sobre los que escribieron. También, añade Carbonel, los modernos, como Nebrija, Diego López de Zúñiga, Hernán Núñez, Pablo Coronel, Alonso de Alcalá, Alonso de Zamora, Juan de Vergara, Demetrio Ducas (los compiladores de la Biblia Políglota Complutense) o Arias Montano, entre los españoles; Escalígero, Belarmino, Samuel Bochart, John Marsham (historiador inglés, autor, sobre todo, del *Chronicus canon Aegypticus, Ebraicus, Graecus et disquisitiones*, publicado en 1672), Humphrey Prideaux (el autor de una biografía del profeta Muhammad y de una historia de los judíos), Pierre-Daniel Huet, Le Jay (quizás una alusión a Guy Michel Le Jay, el promotor de la Biblia Políglota de París), Bernard Lamy y Augustin Calmet (conocidos, entre otras cosas, por sus estudios sobre la Biblia), entre los extranjeros. Un canon, en definitiva, en el que la erudición bíblica tenía un peso

esencial, con todas las aproximaciones críticas que la historiografía del XVI y, sobre todo, del XVII, había realizado al estudio de la Escritura desde la historia, la geografía, la cronología y la filología.

Desde este principio, Carbonel argumenta que estudiar la lengua árabe era especialmente importante, dada la cantidad de inscripciones y libros que había en ella, sobre todo en España, muchos de ellos escritos además por naturales de ella. Es en esta parte donde Carbonel aduce el catálogo de autores y obras tomados de d'Herbelot, Nicolás Antonio y Assemani de los que he hablado anteriormente. Cabe añadir que en el manuscrito se han añadido también los nombres de León Pinelo y Hottinger, pero han sido tachados, por lo que al parecer fueron descartados por el propio Carbonel para una supuesta redacción final de su ensayo.

En el epígrafe siguiente, “Prenociones de la lengua arábica”, Carbonel intenta una aproximación a las antigüedades árabes, a partir del tradicional argumento de que el hebreo, el árabe y el caldeo son lenguas muy semejantes, y de que, al ser el hebreo la lengua adámica, el árabe debía ser una lengua muy antigua, aunque sólo entró en la historia de la humanidad con Muḥammad. El carácter bárbaro de las primeras conquistas musulmanas habría hecho que muchos ignorasen las fundamentales aportaciones de los árabes durante cinco siglos: la traducción de las obras de la cultura clásica que se habían perdido, los saberes de astronomía, medicina y botánica, retórica y filosofía, las obras de geografía, historia, fábulas en prosa y verso “que admiramos en las pocas traducciones que se han hecho” (una alusión, quizás, a la traducción de las *Fábulas de Locman* editadas y traducidas por Erpenius, y publicadas en su Tipografía por primera vez en 1615, pero también al constante trabajo de integración de la literatura y la poesía árabe realizada por la erudición europea del s. XVII, como, por ejemplo, la obra de Johann Fabricius Dantiscanus, que el propio Carbonel utiliza y cita en otros lugares, Carbonel b). Todo esto, sin embargo, no había impedido que, para la mayor parte de la gente, sólo prevaleciese el recuerdo de las barbaridades de Mahoma y sus primeros sucesores, a pesar del esfuerzo de algunos sabios que, desde la toma de Constantinopla, habían intentado introducir en Europa, con poco éxito, el gusto del árabe y los logros de su cultura. Esta escasez había impedido el conocimiento de las antigüedades árabes.

A continuación, Carbonel hace una pequeña historia de esas antigüedades de los árabes, a partir de la continuada tradición que los hacía descender de Qaḥṭān, es decir, del Joqtan bíblico. Se trata de un pasaje interesante, porque permite lanzar una mirada a la erudición de Carbonel: comienza citando a dos autores árabes, “Joseph-Ben-Abdillatif” en su obra genealógica y “Mohammed-Ben-Iakhob Shirazita”, autor de un *Camús*; y después a Gabriel Sionita, Samuel Bochart y al padre Calmet en sus *Commentaria*. En efecto, se podría reconstruir en parte la argumentación de Carbonel a partir de lo que dice la voz “Jectan” del *Dictionnaire* de la Biblia de Calmet (Calmet 1730, 665), donde cita sus propios comentarios al Génesis, y la obra de Bochart. Por lo demás, la mención de los autores árabes, Joseph-Ben-Abdillatif y Mohammed-Ben-Iakhob Shirazita, está tomada del propio Bochart (Bochart 1651, 110-111) y, a la postre, de la *Arabia* de Gabriel Sionita (Sionita 1633, 7-8), en una referencia que ha ido repitiéndose tan cual de autor en autor.

En cuanto a la antigüedad de la lengua árabe, prosigue Carbonel, es muy difícil de establecer, pues no se habían conservado escritos anteriores a la época del profeta Muḥammad, salvo algunas palabras citadas por Herodoto, u otras recogidas en el libro de Job. ¿Cómo estudiar la cronología del árabe, cómo saber cuándo se había comenzado a usar? Carbonel intenta responder a estas cuestiones utilizando las Sagradas Escrituras, para deducir de ellas algún elemento demostrativo, algún hito histórico que permitiera resolver el problema. Tres son las hipótesis que Carbonel discute y refuta. La primera de ellas es que el árabe era una de las lenguas de Babel; hipótesis que Carbonel discute con

argumentos de la historia sagrada, en resumen, que los primeros pobladores de Arabia fueron descendientes de Heber o Eber, que hablaba hebreo. La segunda es que la lengua árabe era de época de Ismael, lo que discute evocando la historia bíblica de José, que fue vendido por sus hermanos a unos ismaelitas que se habían entendido perfectamente con ellos, deduciendo que los habitantes de Arabia, en época del patriarca José, hablaban hebreo. La tercera hipótesis es que la lengua árabe se remontaba a la época de Moisés, lo que se refutaba, de nuevo, porque este se había entendido con los madianitas sin esfuerzo, lo que indicaba que el hebreo permanecía muy poco alterado entre ellos. La conclusión de Carbonel es que, ante la ausencia de monumentos escritos, era imposible establecer en qué momento el árabe adquirió el "estado fijo" en que la encontró Muḥammad, "a menos que se descubran nuevos documentos entre los infinitos manuscritos árabes que quedan aún desconocidos a Europa" (Carbonel a, 81v). Y añade una nota de cierto interés: no merece atención la opinión de quienes atribuyen al fundador Iactan la invención de la lengua, olvidando que, después de Babel, "ninguna se formó por invención de un solo hombre, sí por una progresión insensible entre muchos que fueron estendiendo, acortando, innovando y alterando de otro cualquiera modo la lengua o las lenguas primitivas, según la varia combinación de causas naturales que en la successión de tiempos concurrieron". En este punto, se puede recordar el interés de Carbonel en la historia de las lenguas y el problema de los orígenes que demostraban sus notas sobre los orígenes del bretón y su similitud con el hebreo.

A continuación, Carbonel estudia la mayor prerrogativa de la lengua árabe, es decir, su extensión, como lengua vulgar, como lengua científica y, sobre todo, como lengua de religión; una extensión inmensa, "a que nunca llegó lengua alguna, después que las dos Américas recibiesen el Evangelio" (Carbonel a, 82r). Las razones de esta enorme extensión habían sido varias: la expansión imperial desde el s. VIII, la dedicación al comercio de los pueblos que hablaban la lengua árabe, el carácter sagrado de la misma, y, en fin, el esplendor de las ciencias, que se cultivaron durante cinco o seis siglos en las universidades de Córdoba, Marrakech, Fez, Constantina...

En cuanto a las propiedades del árabe, Carbonel señala: su asombrosa abundancia de multitud de voces, unida a la escasez de rigurosos sinónimos (en este apartado, cita al Padre Angelo de S. Joseph y su *Gazophilacium linguae persarum*, Amsterdam, 1684, que documenta cómo el árabe tiene 1000 palabras para llamar a la espada, 500 al león, 200 a la serpiente y 80 a la miel, cada una de las cuales expresa un matiz distinto de modo o accidente); "lo profundo y delicado de las ideas que tiene vinculadas a sus voces, lo vivo y lacónico de sus expresiones y el énfasis y magestad de su pronunciación"; su prosodia formada por la diferencia de vocales largas y breves, cuya proporción da a su literatura "toda la armonía possible" (Carbonel a: 83r). Por estas propiedades, los árabes se precian de ser "los más elegantes rhetóricos y harmónicos", apasionados de su lengua y su poesía. Desde el s. VII, el Alcorán ha sido un modelo de gramática y retórica, y el respeto fanático por él se ha trasladado a la propia lengua. Los mayores letrados de los árabes se dedicaron a componer gramáticas, que, en Europa, fueron trabajadas por eruditos como Thomas Erpenius, Ludovico Marracci, Jacob Golius o Matthias Wasmuth (todos ellos orientalistas del s. XVII, autores de textos sobre gramática y lexicografía árabes, entre otras cosas), "procurando reducir a nuestro método y general alcance las ideas metaphísicas y términos abstractos de aquellos ingenios orientales" (Carbonel a, 83v). Un brevísimo acercamiento gramatical al nombre y verbo árabes le permite a Carbonel hacer un juicio sobre la dificultad del aprendizaje del árabe, comparado con otros idiomas y con lo que aseguraban orientalistas como Brian Walton o el propio Erpenius, es decir, que podía aprenderse en 4 o 5 semanas. El estudio del árabe tiene dificultades que derivan de varios problemas: la multitud de voces y su poca semejanza con las romances, los

idiotismos, la escritura, en la que a menudo se suprimen las vocales y los ápices (es decir, los puntos diacríticos), y que carece de mayúsculas para distinguir los nombres propios. Sin embargo, Carbonel cree que estas dificultades se pueden superar con un trabajo regular de lectura de textos árabes, de una o dos horas diarias, ayudados primeros de un maestro, y luego de una gramática y un diccionario, que permitirían al estudiante llegar a una comprensión de textos escritos con cierta soltura.

El ensayo de Carbonel prosigue con unas consideraciones sobre la escritura árabe, entre las que resulta de especial interés la comparación entre el alfabeto árabe y el hebreo, en el que intenta explicar cómo aquél deriva de éste, puesto que la escritura arábica “no es otra cosa que la hebrea redondeada y ligada o ligable, añadido un remate arqueado indefinido a la letra final, o prolongado del mismo modo el que tenía, con otras pequeñas modificaciones y additamentos precisos para precaver la equivocación en las varias figuras que adquieren sus letras con el encadenamiento en principio, en medio y en fin de dicción” (Carbonel a: 88r). Tras el cotejo de ambas escrituras, y la explicación del origen de las letras árabes que no tienen su correspondiente en el alfabeto hebreo, Carbonel termina con una discusión sobre el *ālif*, el *wāw* y el *yā*, y sobre si eran consonantes o vocales. La discusión tiene cierto interés, porque desarrolla uno de los problemas que se plantearon a los arabistas europeos de los ss. XVI y XVII, y que es el de la adecuación de las categorías gramaticales árabes y las latinas a la hora de explicar la gramática de una lengua que, como la árabe, tenía una larga y muy rica tradición lingüística. Carbonel cree que las tres letras son vocales, pero que los árabes las consideraban consonantes: el *ālif* es como una aspiración, y, aunque las otras dos no lo son, las llamaron consonantes porque por tal debieron comprender “no una letra cuyo sonido es incapaz de producirse sin auxilio de otro, como la definimos con los gramáticos griegos y latinos, sino una letra cuyo sonido siempre va junto con otro, lo que es realmente el significado literal de esta voz. Tomándola pues en este sentido, tuvieron razón en llamar consonantes a las letras *uau*, *ie*, porque en efecto nunca se pronuncian solas en su lengua, como está extensamente explicado en mi Gramática” (Carbonel a, 93v). Esta *Gramática árabe* a la que alude aquí Carbonel como obra suya es una referencia a un proyecto en el que trabajó recogiendo materiales durante mucho tiempo, muchos de los cuales se conservan en el otro manuscrito de la Biblioteca Nacional (Carbonel b), cuyo contenido es básicamente gramatical, y que refleja un proyecto de enseñanza del árabe de largo alcance, que se debió alumbrar en el mismo momento en que comenzó a estudiar árabe con Miguel Casiri en compañía de Pedro Rodríguez Campomanes. He estudiado este manuscrito en otro trabajo, uno de cuyos argumentos es precisamente cómo la enseñanza del árabe se adapta a los sistemas pedagógicos de enseñanza de lenguas extranjeras vigentes en Europa, en un proceso durante el cual se va introduciendo, también, un conocimiento de la literatura y la cultura árabes. El proyecto gramatical de Carbonel se sitúa explícitamente en la tradición de Erpenius, Golius, Guadagnoli, Martellotto, Antonio dell’Aquila y, aunque su gramática no fue publicada, se puede considerar como parte del impulso que, a partir del magisterio de Casiri y el mecenazgo de Campomanes, dio lugar a la publicación de las obras del Padre Cañes (Moscoso 2017).

Conclusión

La situación de Carbonel en uno de los núcleos intelectuales y políticos más activos de la Ilustración española, al lado de Casiri, Campomanes o Jorge Juan, da a sus escritos una relevancia especial, si no por su calidad erudita, sí por capacidad para dar una pista sobre algunas de las determinaciones del arabismo de la época. En primer lugar, y como ya he indicado, Carbonel fue maestro de griego de Campomanes: el interés por la

erudición helenista converge aquí con el arabismo, como parte de un mismo horizonte historiográfico. Si el libro de Luis Gil sobre la erudición griega de Campomanes (Gil 1976) intentaba resaltar la importancia de los intereses intelectuales en la carrera del político y hombre de estado, ese perfil queda incompleto sin el arabismo: el árabe y el griego forman parte de un mismo plan intelectual, desde esa primera fase formativa que compartieron Campomanes y Carbonel hasta los grandes proyectos de mecenazgo editorial e institucional (Almagro-Corbea 2003, 134-147). En una escala pequeña, los papeles de Carbonel muestran esa forma de argumentar problemas historiográficos, etimológicos, lingüísticos o pedagógicos desde el árabe, el hebreo o el griego: como el "Informe al Real Consejo de Castilla sobre los medios de hacer florecer en la Universidad de Salamanca el estudio de las lenguas Griega y hebrea. Por Don Joseph Carbonel, de la Real Academia de la Historia, Director de los Reales Estudios de Cádiz y Comisario de Marina. Cádiz y julio 1 de 1768" (Carbonel a, 117r y 135r), donde se trata de varias medidas destinadas a mejorar el estudio de ambas lenguas en Salamanca, desde la transformación del sistema de oposiciones hasta la aplicación de métodos pedagógicos específicos.

Dada la estrecha relación entre Carbonel y Casiri, es posible establecer un vínculo entre las anotaciones sobre una *Bibliotheca arábico hispana* del primero a las que me he referido en este artículo y el catálogo del Escorial de Casiri. Este vínculo es de orden intelectual: es cierto que Carbonel no utiliza ningún manuscrito escurialense, sino que toma notas de otras bibliotecas del s. XVII que conforman, no sólo una acumulación de datos bibliográficos o literarios, sino un auténtico catálogo cultural. Es lo que he tratado de ilustrar con el ejemplo de Hottinger, y la evidente, universal y generalizada influencia de su obra desde el s. XVII, como muestra. En su relativa modestia, estos papeles de Carbonel, en los que seguramente intervino Casiri, ilustran una fase de la realización de la *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*, cuyo trasfondo intelectual aún queda por estudiar en detalle, empezando por la formación del propio Casiri. Se trata de materiales que ilustran, en todo caso, el proceso de constitución de la idea misma de una *Biblioteca arábigo hispana* en diferentes etapas que, en buena medida, implican la interpretación por parte de la ilustración de la tradición historiográfica del s. XVII. En ella, tan importantes como los nombres de León Pinelo y Nicolás Antonio, son los de de Pococke, Hottinger o d'Herbelot.

Uno de esos viejos problemas historiográficos es el de los orígenes: de las lenguas, los pueblos, las naciones... Para Carbonel, se trata de problemas de la historia sagrada, que se deben abordar a partir de las obras del Padre Calmet, de los grandes esfuerzos escripturarios de las biblias políglotas de Le Jay y de Brian Walton, de la magna geografía sagrada diseñada en el s. XVII por Samuel Bochart, en la que se percibe la huella profunda de Arias Montano, o de la *Arabia* de Gabriel Sionita. Ésta, en realidad, apareció por primera vez en 1619 como apéndice a la *Geographia nubiensis*, es decir, la traducción latina parcial de la *Geografía* de al-Idrīsī realizada por Sionita y por Juan Hesronita: una obra que fue muy utilizada y citada en España durante los ss. XVII y XVIII, por historiadores que querían dilucidar aspectos de la geografía antigua hispana, hasta llegar al propio Campomanes, cuyas notas sacadas de la obra aún se conservan en su archivo, junto a las tomadas de otras, como el manuscrito escurialense de al-Qazwīnī (AC, 3-7). De forma que, en la tradición del s. XVII, la preocupación por la geografía sagrada está muy estrechamente vinculada al desarrollo del conocimiento y uso de obras geográficas árabes como herramienta crítica. De la misma manera, las fuentes árabes acaban poblando los proyectos historiográficos y cronológicos, como testimonia el propio archivo de Campomanes, que utiliza la traducciones de Abū l-Fidā, el Elmacino de Erpenius o el Abulfaragio de Pococke (AC, 4-1). Tanto los papeles de Campomanes como los de

Carbonel, por cierto, dan testimonio de los primeros trabajos de interpretación de inscripciones árabes impulsados por la Real Academia de la Historia.

Carbonel leía prensa literaria francesa y española, lo que le permitía estar en contacto con las últimas publicaciones relativas a temas de su interés: la evolución e historia de las lenguas, de las razas africanas y americanas, de los avances en la epigrafía oriental... No se puede tener un perfil completo de los intereses intelectuales de un arabista español del s. XVIII si no se integran en el contexto de la cultura historiográfica europea de la época. LA comprensión de este contexto exige una perspectiva amplia que, en este caso, asuma todos los materiales que el orientalismo europeo había puesto en circulación desde el s. XVI. Sólo desde este punto de vista puede entenderse bien ese momento crucial de la historia del arabismo español que fue la obra de Casiri y, en especial, su catálogo de manuscritos árabes del Escorial.

Obras citadas

- Almagro-Corbea, Martín. "Pedro Rodríguez Campomanes y las "Antigüedades"." En G. Anes ed. *Campomanes en su II Centenario*, Madrid: Real Academia de la Historia, 2003. 117-159.
- Álvarez Millán, Cristina. "El fondo Oriental de la Real Academia de la Historia: datos sobre su formación y noticia de algunos hallazgos." *En la España Medieval* 32 (2009): 359-388.
- Antonio, Nicolás. *Bibliotheca hispana vetus*. Roma: Ex Typographia Antonii de Rubeis, 1696. 2 vols.
- Archivo de Campomanes (AC), Fundación Universitaria Española.
- Asensio Muñoz, Elena y F. Reyes Gómez, Fermín de los. "Sobre la biblioteca de Andrés González de Barcia, consejero real de Felipe V." *Revista General de Información y Documentación* 28 (2018): 373-396.
- Assemani, Joseph Simon, *Bibliotheca Orientalis Clementino-Vaticana*. Roma: Typis Sacrae Congregationis de Propaganda Fide, 1719. Vol. I.
- Barthélemy, Jean-Jacques. *Reflexions sur l'alphabet et sur la langue dont on se servoit autrefois à Palmyre*. Paris: chez H.L. Guérin y L.F. Delatour, 1754.
- Bevilacqua, Alexander. *The Republic of Arabic Letters. Islam and the European Enlightenment*. Cambridge, Mass.-London: The Belknap Press of Harvard University Press, 2018.
- Bochart, Samuel. *Geographiae sacrae pars prima Phaleg seu de dispersione gentium et terrarum divisione facta inaedificatione turris Babel*. Caen: typis Petri Cardonelli, 1651.
- Bock, Jean Nicolas Etienne de. *Oeuvres diverses. I.- L'Histoire du sabéisme, auquel on a joint un Cathécisme qui contient les principaux dogmes de la religion des Druses*. Metz: de l'Imprimerie de Claude Lamort, 1788.
- Calmet, Augustin. *Dictionnaire historique, critique, chronologique, géographique et littéral de la Bible*. Ginebra: chez Marc-Michel Bousquet et compagnie, 1730. Vol. 2.
- Carbonel y Fogasa, José (a). *Papeles varios*, BNE mss. 21152.
- Carbonel y Fogasa, José (b). *José Papeles varios de gramática árabe*, BNE, mss 21150.
- Casiri, Miguel. *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis sive Llibrorum omnium Mss. quos arabice ab auctoribus magnam partem arabo-hispanis compositos Bibliotheca Coenobii Escurialensis complectitur recensio & explanatio*. Madrid: Antonius Perez de Soto, 1760-1770, 2 vols. Ed. lit. Osnabrück: Biblio Verlag, 1969.
- Cebrián, José, *Nicolás Antonio y la Ilustración española*. Kassel: Edition Reichenberger, 1997.
- Die Maculet, Rosario y Armando Alberola Romá. "José Carbonel Fougasse (1707-1801). El rastro de un erudito en la España ilustrada." *Revista de Historia Moderna* 28 (2010): 11-50.
- Dupont-Sommer, André. "Jean-Jacques Barthélemy et l'ancienne Académie des Inscriptions et Belles-Lettres." *Comptes Rendus des Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 115-4 (1971): 707-725.
- García-Arenal, Mercedes y Fernando Rodríguez Mediano. *The Orient in Spain. Converted Muslims, The Forged Lead Books of Granada, and the Rise of Orientalism*. Leiden-Boston: Brill, 2013.

- García-Arenal, Mercedes y Fernando Rodríguez Mediano. "Arabic Manuscripts in Motion and Converted Muslims: Between Spain and Rome." *Erudition and the Republic of Letters* 3 (2018): 367-389.
- Gil Fernández, Luis. *Campomanes. Un helenista en el poder*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1976.
- Herbelot, Barthélemy d'. *La bibliothèque orientale, ou dictionnaire universel contenant généralement tout ce qui regarde la connoissance des peuples de l'Orient*. Paris: par la Compagnie des Libraires, 1697.
- Hottinger, Johann Heinrich. *Bibliothecarius quadripartitus*. Zurich: sumptibus Melchioris Stauffacheri, 1664.
- León Pinelo, Antonio de. *Epítome de la Bibliotheca oriental y occidental, náutica y geográfica*. Madrid: Oficina de Francisco Martínez Abad, 1737-8.
- Loop, Jan. *Johann Heinrich Hottinger. Arabic and Islamic Studies in the Seventeenth Century*. Oxford: Oxford University Press, 2013.
- Massad, Paul. "Observaciones de Casiri a Bermúdez de Pedraza." *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos* 6 (1957): 99-123.
- Mercier, Raymond. "English Orientalists and Mathematical Astronomy." En G.A. Russell ed. *The 'Arabick' Interest of the Natural Philosophers in Seventeenth-Century England*. Leiden, New York-Köln: Brill, 1994,.158-214.
- Mizuno, Hisashi. "Le travail de l'écriture dans *Le Voyage en Orient*. Le «Catéchisme des druses» à la façon de Gérard de Nerval." *Revue de Littérature Comparée* 300 (2001): 511-525.
- Moscoso, Francisco. "El siglo XVIII español y el estudio del árabe. El árabe dialectal en la *Gramática* del Padre Cañes." *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* 22 (2017): 165-186.
- Pauw, Cornelius de. *Recherches philosophiques sur les américains ou Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espece humaine*. Londres: s.e., 1771. Vol. 1.
- Piel, Helen. "Cornelius de Pauw and the Degenerate Americas." *The Maastricht Research Based Learning for Excellence (MaRBLe)*; vol. VI: *Encountering the Other. Travel Books on North-America, Japan and China from the Maastricht Jesuit Library* (2014), 73-93.
- Reseña (a). "*Observations fondamentales sur les langues anciennes et modernes, ou Prospectus de l'ouvrage intitulé: La langue primitive conservée*. Par M. le Brigant, avocat. In-4°. A Paris, chez Barrois l'aîné. Prix, 3 livres." *Journal Encyclopédique* 2 (1787): 240-257.
- Reseña (b). "*Détachements de la langue primitive*. Par M. Le Brigant, avocat. A Paris, chez l'auteur, hôtel du Guesclin, rue de Seine, fauxbourg St. Germain, & chez Cailleau." *Journal Encyclopédique* 7 (1787): 238-250.
- Reseña (c). "*Oeuvres diverses, contenant 1° un Essai sur l'histoire du sabéisme, auquel on a joint un Catéchisme qui contient les principaux dogmes de la religion des Druses, 2° un mémoire historique sur le peuple nomade appelé en France BOHÉMIEN & en Allemagne ZIGUEUNER, avec un vocabulaire comparatif des langues indienne & bohémienne, traduit de l'allemand de M. GRELLMAN*. Par M. le baron de Bock. In-12. A Metz, de l'Imprimerie de Lamort, se trouve dans la même ville, chez Devilly, & a Paris, chez Belin, 1788." *Journal Encyclopédique* 5 (1788): 215-227.
- Rodríguez Mediano, Fernand. "Fragmentos de orientalismo español del s. XVII." *Hispania* 222 (2006): 243-276.

Sionita, Gabriel, *Arabia seu arabum vicinarumque gentium orientalium leges, ritus, sacri et profani mores, instituta et historia*. Amsterdam: Apud Ioannem Ianssonium, 1633.

Tables et instruction propres à la détermination des longitudes en mer, pour les huit derniers mois de l'année 1773. Publiés par ordre de l'Académie de royale de marine. Brest: Chez R. Malassis, 1772.

Valera Hervás, E. *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa. Madrid, 1787-1791*. Madrid: Hemeroteca Municipal de Madrid, 1966.